

## LOCKE ENTRE DESCARTES Y HUME: LOS NIVELES DE CONOCIMIENTO

Afirmar la clara influencia que tuvo Locke en el pensamiento de Hume es algo que, por sabido, puede resultar trivial. Se suele entender, en efecto, que en muchos aspectos su doctrina está basada en intuiciones lockeanas y en el desarrollo de las implicaciones que comporta el método elaborado en el *Ensayo*. A nuestro juicio, este sería el caso de la distinción que, al principio de la sección IV de la *Enquiry*, Hume establece entre *Relaciones de Ideas* y *Cuestiones de Hecho*.

Locke, en cierta medida, adelanta ya la postura agnóstica que Hume mantiene frente al conocimiento de las leyes naturales. La forma en que el autor del *Ensayo* concibe la naturaleza del conocimiento le conducirá efectivamente a señalar su restricción a un determinado y reducido ámbito de objetos como el de la matemática, frente a ese otro dominio más amplio de la investigación, como es el constituido por los objetos del mundo físico. En consecuencia, tendrá que señalar la diferencia metodológica que el proceder de la razón debe adoptar; de una parte, ante las ciencias formales y abstractas, en las cuales la aspiración a un verdadero y auténtico saber resultará plenamente legítima y, de otra, ante el mundo de los fenómenos o el de las leyes naturales, en cuyo caso habrá de constreñirse a los datos contingentes y particulares que le suministra la experiencia sensible.

Sin embargo, la separación radical entre experiencia y razón —plenamente asumida por Hume, hasta el punto de que la distinción entre *Relaciones de Ideas* y *Cuestiones de Hecho* constituye un prin-

cipio de base o punto de partida— sólo se manifiesta en la obra de Locke como un resultado que, en la perspectiva de su sistema, se revela como negativo en la medida en que su intención iba encaminada precisamente a salvar esta discontinuidad entre el mundo fenoménico y el racional.

En Locke sigue aún vivo el afán de apresar la realidad en su totalidad junto a la convicción inicial de que ésta es totalmente racionalizable. Para ello no duda en mantener la validez del conocimiento formal como modelo en la explicación de lo contingente. En este sentido tienen en él gran repercusión algunas de las tendencias innovadoras de la filosofía continental y, en particular, de Descartes. De ahí que en Locke coincidan, a nuestro juicio, dos tradiciones distintas que, en la cuestión que nos ocupa, resultan en la obra de Hume incompatibles.

El objetivo del presente trabajo es estudiar esta ambivalencia de orientaciones en la obra de Locke. La hipótesis que en alguna medida pensamos confirmar se podría resumir diciendo que no es suficiente entender a Locke a través de Hume, es decir, como un empirista que aún no ha logrado emanciparse plenamente de la filosofía tradicional. También habría que entenderle desde Descartes, esto es, como un autor que admite determinados aspectos de la filosofía racionalista. Por ello, más que el empirista que se opone al racionalismo, habría que entender a Locke como un autor que trata de aunar en un mismo sistema estas dos tendencias. Naturalmente, como hemos de ver, esta reconciliación no deja de ser problemática y la cuestión constituye una de las tensiones en torno a las cuales se articuló el *Ensayo*.

Para desarrollar nuestro tema creemos oportuno partir de Hume y del punto que en determinada medida nos interesa: la distinción entre Relaciones de Ideas y Cuestiones de Hecho. La noción de conocimiento que dicha distinción presupone nos permitirá apreciar mejor la importancia histórica de la posición de Locke al respecto. En la sección IV de la primera parte de la *Enquiry*, comienza Hume estableciendo la siguiente clasificación: «Todos los objetos de la razón humana o de la investigación pueden ser naturalmente divididos en dos clases, a saber, *Relaciones de Ideas y Cuestiones de Hecho*. A la Primera clase pertenecen la Geometría, el Álgebra y la Aritmética y, en general, toda afirmación que sea intuitiva o demostrativamente cierta... Las Cuestiones de Hecho, que forman el segundo ob-

jeto de la razón humana, no son conocidas de la mismas manera. Nuestra evidencia de su verdad, aunque grande, no es de la misma naturaleza que la anterior. Lo contrario de cualquier Cuestión de Hecho es siempre posible, ya que nunca puede implicar contradicción y puede ser concebida por la mente con la misma facilidad y distinción que si se conformara con la realidad»<sup>1</sup>. La distinción que Hume está haciendo no es otra que la que, con una terminología más de nuestros días, podríamos establecer entre el conocimiento *a priori* y *a posteriori*. Con ello, Hume se muestra en absoluto desacuerdo con una de las posiciones más características del racionalismo, a saber, la continuidad entre verdades de razón y verdades de hecho<sup>2</sup>. Porque, en efecto, al hablar del primer ámbito de objetos, el de las Relaciones de Ideas, Hume se refiere también a aquel conocimiento que adquirimos por la pura contemplación de nuestras propias ideas generales, ideas que, como vemos, quedan reducidas al campo de la matemática. Sólo entre estas ideas es posible, según se nos dice, establecer relaciones cuya evidencia se muestra, a la mente que las percibe, de modo inmediato (intuición), o mediato, cuando se obtiene por una demostración estrictamente racional. El criterio que rige para asegurarnos de su verdad estriba en la ausencia de contradicción: «nada de lo que es inteligible y pueda ser concebido distintamente implica contradicción, y nunca puede ser probada su falsedad por algún argumento demostrativo o racionamiento abstracto *a priori*»<sup>3</sup>. Las proposiciones o juicios de esta clase sólo dependen para su formación de la mente. Así, Hume afirma que «pueden ser descubiertas por la mera operación del pensamiento independientemente de lo que de algún modo exista en el

---

<sup>1</sup> Hume, D., *Works*, Edited by Th. Hill Green and Th. Hodge Grose, Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1964; E., IV, I, vol. 4, págs. 20-23. Salvo caso en que se indique lo contrario, citaremos en adelante siguiendo esta edición. Utilizaremos las siglas: E., *An Enquiry concerning Human Understanding*, indicando el número de la sección y la parte de la misma; Tr., *A Treatise of Human Nature*, indicando libro, parte y sección.

<sup>2</sup> Cfr., por ejemplo, la distinción entre verdades de razón y verdades de hecho tal y como se desarrolla en la *Monadología*, § 33 y ss. *Philosophischen Schriften von G. W. Leibniz*, Gerhardt, Berlín, 1885, vol. VI, pág. 612. El principio de razón suficiente garantiza la racionalidad de los hechos contingentes. Esta sería la expresión más plena del racionalismo que de hecho viene a combatir Hume.

<sup>3</sup> E., IV, II, vol. 4, pág. 31.

universo»<sup>4</sup>. De este modo queda definido su carácter lógico y *a priori*. Por otra parte, existen juicios cuya certeza no se puede obtener ni con la claridad de la intuición, ni con la fuerza que suministra una deducción. El criterio de verdad tampoco estará, para tales proposiciones, en el principio de contradicción, porque, se nos dice, que lo contrario de cualquier afirmación relativa a las Cuestiones de Hecho es siempre concebible. Si por tanto, nos preguntamos, con Hume, en qué consiste la evidencia de tales proposiciones, la primera afirmación que nos sale al paso es que todo razonamiento que se refiera a las Cuestiones de Hecho tiene su fundamento en la relación de causa-efecto. «Es algo evidente que todo hecho nos remite a otro...»<sup>5</sup>. Pero si se cuestiona a su vez el fundamento de tal relación, el problema queda remitido a la experiencia. «Me aventuro a afirmar que esta relación no surge de razonamientos *a priori* sino que tiene su origen en la experiencia cuando vemos que los objetos particulares se dan constantemente unidos unos con otros»<sup>6</sup>.

En los pasajes posteriores, Hume pasa a argumentar la imposibilidad de someter las Cuestiones de Hecho a un proceso racional. Ninguna proposición referente a ellos puede tener la validez y la necesidad que conllevan las Relaciones de Ideas ya que «aún después de tener experiencia de las operaciones de causa y efecto, las conclusiones que provienen de esa experiencia no se basan en razonamientos o en proceso alguno del entendimiento»<sup>7</sup>. Así pues, el asentimiento que damos a este tipo de argumentos no puede ser producto de una evidencia intelectual, sino meramente sensible y perceptual. Con estas bases, es fácil suponer que no seremos conducidos a principios incuestionables y por tanto válidos para fundamentar una ciencia, sino a lo sumo a argumentos probables o hipotéticos.

La noción de conocimiento cierto, es decir, del que corresponde al primer grupo de objetos, o Relaciones de Ideas, necesita alguna explicación. Todo razonamiento, nos dice Hume en el *Treatise*, «no consiste más que en la comparación y en el descubrimiento de las relaciones constantes o inconstantes que dos o más objetos mantie-

<sup>4</sup> E., IV, I, vol. IV, págs. 21-22.

<sup>5</sup> E., IV, I, vol. 4, pág. 24.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> E., IV, II, vol. 4, pág. 29.

nen entre sí»<sup>8</sup>. Tal definición nos recuerda sobremanera la expuesta por Locke en el *Ensayo*. En efecto, allí se nos dice que el «conocimiento» no es sino la percepción del acuerdo o desacuerdo seguro entre dos ideas únicos objetos que la mente puede contemplar<sup>9</sup>. En el libro IV, capítulo I, sección 2, se expresa Locke en los términos siguientes: «me parece... que el conocimiento no es sino la percepción de la conexión y acuerdo o del desacuerdo y repugnancia entre cualesquiera de nuestras ideas. En eso consiste exclusivamente. Donde haya semejante percepción, hay conocimiento, donde no lo haya, entonces, aunque podamos imaginar, columbrar o creer, siempre nos quedaremos cortos en cuanto al conocimiento». De este modo, conocer va a consistir en intuir la relación que pueda haber entre nuestras propias ideas. Y para ambos autores, el conocimiento consiste así en la pura contemplación de nuestras ideas abstractas y yace únicamente en nuestro pensamiento. Solamente en aquellas ideas que tengan unas relaciones, correlaciones o conexiones que se muestren visiblemente al entendimiento como incluidas en su propia naturaleza, de modo tal que no se las pueda concebir como separadas de ellas, seremos capaces de alcanzar un conocimiento universal: «Si las ideas cuyo acuerdo o desacuerdo percibimos son ideas abstractas, entonces nuestro conocimiento es universal. Porque todo aquello que se sepa de semejantes ideas generales será verdadero de cada cosa particular en que se encuentra esa esencia, es decir, esa idea abstracta, y lo que se llegue a saber una vez de semejantes ideas será perpetuamente y siempre verdadero. De suerte que, por lo que toca a todo conocimiento general, es preciso buscarlo y encontrarlo únicamente en nuestra propia mente, y es tan sólo el examen de nuestras ideas lo que puede proporcionarnos ese conocimiento»<sup>10</sup>. Con estas premisas es fácil apreciar que el conocimiento, tanto para Locke como para Hume, queda reducido al ámbito de las

<sup>8</sup> Tr., I, 3, 2, vol. 1, pág. 375.

<sup>9</sup> Citaremos a Locke por la edición de P. H. Nidditch, J. L. Locke, *An Essay concerning Human Understanding*. At the Clarendon Press, Oxford, 1975, indicando por Es., Essay seguido del libro, capítulo y sección que corresponda en cada ocasión.

<sup>10</sup> Es., IV, 3, 31. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la idea de triángulo en la que necesariamente vemos la relación de igualdad que muestran sus ángulos con dos rectos. El ejemplo puesto por Locke nos hace ver cómo principalmente está también pensando en la matemática como prototipo de este saber.

ideas: fuera de ellas no es posible lograr la evidencia ni la certidumbre que requiere un conocimiento estricto. Sólo la contemplación de nuestras ideas abstractas puede proporcionar un conocimiento que sea universal y absolutamente cierto. En consecuencia, se puede advertir que cuando la relación entre las ideas no se percibe en su propia naturaleza sino que, para establecer cualquier tipo de conexión entre ellas, hay que salir del dominio de la reflexión hacia la experiencia y la observación, se adquiere un tipo de certeza que no pasa de ser simple conjetura y los argumentos así elaborados serán únicamente hipotéticos. Con ello, el saber queda restringido a lo que tanto Locke como Hume van a llamar creencia o probabilidad. «Y en esto estriba la diferencia entre la probabilidad y la certidumbre, entre la fe y el conocimiento, a saber: que en todas partes del conocimiento hay intuición, de manera que cada idea inmediata, cada paso, tiene su conexión visible y segura; pero eso no acontece en la *creencia*. Aquello que me hace creer es algo extraño a la cosa que creo; algo que no está unido de manera evidente por ambos lados, y que, por eso, no patentiza el acuerdo o el desacuerdo de las ideas que están bajo consideración»<sup>11</sup>. Por tanto, sólo allí donde se trata de las conexiones necesarias entre conceptos resulta asequible el auténtico conocimiento. Tan pronto como se abandona este terreno y se establecen argumentos cualesquiera acerca de los objetos que están más allá de la conciencia, se permanece a merced de la simple probabilidad. Tales argumentos no serán entonces sino meros postulados, puesto que no logran alcanzar la certeza incontrovertible exigida por el conocimiento.

La clasificación entre estos dos tipos de certeza que Hume ha establecido y en los que ha introducido una neta separación, está, pues, claramente expuesta en el *Ensayo*. La diferencia entre ellos es para Locke no sólo una diferencia de grado sino de cualidad, por cuanto, de modo semejante a Hume<sup>12</sup>, piensa que, aun cuando la evidencia que presentan las proposiciones probables es bastante proclive a la verdad y puede estar apoyada por pruebas y argumentos susceptibles de ser aceptados como verdaderos, tales pruebas pueden persuadirnos, pero nunca suministrar el conocimiento de que son

<sup>11</sup> Es., IV, 15, 3, pág. 655.

<sup>12</sup> Cfr., por ejemplo, el comienzo de la sec. IV de la *Enquiry* que estamos comentando.

realmente ciertas. De ahí su afirmación de que «la probabilidad más alta nunca podrá llamarse conocimiento»<sup>13</sup>.

De todas formas, no puede decirse con ésto que las posiciones de Locke y de Hume coincidan plenamente en la cuestión que nos ocupa. La distinción de Hume sirve no sólo para caracterizar dos modos de conocimiento (conocimiento en sentido estricto y creencia), sino dos objetos de conocimiento: Las ideas independientes de toda conexión con el mundo empírico y, las Cuestiones de Hecho. En otros términos, podríamos decir que Hume establece una correspondencia biunívoca entre los dos ámbitos de conocimiento y los dos ámbitos de objetos a los cuales se aplican. El conocimiento, entendido en sentido estricto y considerado como la percepción de la relación que hay entre ideas, sólo corresponde a aquellas proposiciones que pertenecen a ciencias tales como la Aritmética, el Álgebra o la Geometría, ciencias que tienen como objetos las ideas, sin tener en cuenta la relación que éstas puedan mantener en el momento de la sensación, es decir, en el momento en que tales ideas se originan en la experiencia. Todo el conjunto de objetos que Hume engloba bajo la denominación de *Matters of Fact* queda fuera del dominio anterior. La probabilidad o la creencia es la única certeza que se puede obtener en este campo. Pero, para Locke, el problema reviste caracteres diferentes; lo que él va a intentar es la aplicación de un solo criterio de certeza a los dos dominios de objetos que Hume distingue. Su ideal se centra en conseguir el mismo estatuto de evidencia intelectual y plena, que presentan las ciencias matemáticas, en el nivel de los fenómenos naturales.

En este sentido, su talante se puede calificar como racionalista, desde el momento en que aspira a conocer la realidad con un sentido unitario, presentando su propósito, en consecuencia, unas características paralelas a las que definen la pretensión cartesiana cuando aparecen como el intento de aplicar el método de las matemáticas a los demás dominios de la investigación. Ahora bien, la posibilidad de obtener una ciencia del mundo físico, de acuerdo con la concepción que sobre el conocimiento presenta Locke y Hume, vendría dada a su vez por otra posibilidad: la de determinar *a priori* las relaciones que existan entre los constituyentes cualitativos de la experiencia.

---

<sup>13</sup> Es., IV, 3, 14, pág. 546.

Ello es precisamente lo que Hume niega explícitamente al distinguir las *Relaciones de Ideas* y las *Cuestiones de Hecho*. La imposibilidad de establecer relaciones necesarias en este último dominio se manifiesta desde el momento en que, para Hume, todo lo que sabemos del mundo de los cuerpos se limita a las impresiones sensibles que éstos provocan en nosotros. Así se expresa en los pasajes de la sección que comentamos de la *Enquiry*: «Ciertamente debe ser admitido que la naturaleza nos ha mantenido a gran distancia de todos sus secretos y nos ha ofrecido sólo el conocimiento de unas pocas y superficiales cualidades de los objetos; mientras que nos oculta aquellas fuerzas y principios de las que dependen tales cualidades»<sup>14</sup>.

Si Locke acaba por llegar, en el libro IV, a una conclusión semejante, es sólo cuando ha encontrado obstáculos en un recorrido que, en principio, como decimos, va encaminado a salvar la discontinuidad entre el mundo fenoménico y el racional. Y ello vendría posibilitado en su sistema por dos factores que le son esenciales. En primer lugar, la validez que aún tiene para él el concepto de sustancia y, en segundo lugar, la concepción mecanicista que Locke sustenta sobre la naturaleza. Al mantener la validez de la sustancia, es posible buscar un fundamento para los principios que determinan los datos primarios con los que se elabora el conocimiento, aun cuando estos datos tengan su origen en la experiencia senso-perceptual. Con el segundo, esto es, con el apoyo de una hipótesis corpuscular sobre la constitución de los cuerpos, es posible pensar en el ideal cartesiano, a saber: el sostener como único modelo de investigación el propio de las matemáticas.

Pasando al desarrollo del primer punto vemos, a pesar del tono peyorativo con que Locke habla de la sustancia, cómo para él ésta es todavía el principio unitario y subyacente en las cualidades sensibles que la mente percibe. Esas cualidades que nosotros observamos en la experiencia son las que producen las ideas simples, datos primarios a partir de las cuales se elaboran y de los que dependen todos los conocimientos que el entendimiento puede obtener. Pero además resulta que esas mismas ideas, reflejo del mundo externo, inducen a la mente a forjarse la idea de sustancia, la cual, si bien es cierto que no está incluida en ellas, esto es, no es algo que se

---

<sup>14</sup> Es., IV, II, vol. 4, pág. 29.



pueda percibir en la misma experiencia, por lo menos sí está implicada. Esto es lo que nos muestra el texto del *Ensayo* que recogemos a continuación. En él explica el autor cómo «la mente, estando abastecida de un gran número de ideas simples que le llegan por vía de los sentidos, según se encuentran en las cosas exteriores, o por vía de la reflexión sobre sus propias operaciones, advierte además que un cierto número de esas ideas simples siempre van juntas; y presuponiéndose que pertenecen a una sola cosa, se las designa así unidas por un sólo nombre... porque al no imaginarnos de qué manera puedan subsistir por sí mismas esas ideas simples, nos acostumbramos a suponer algún *substratum* donde subsistan y de donde resulten»<sup>15</sup>. Así pues, aunque repetimos que Locke niega con frecuencia que de las sustancias podamos tener idea alguna positiva, sin embargo, le resulta necesario concebirla como el fundamento del que dependen esas cualidades, potencias y operaciones que se observan en los cuerpos. Estas no son, en realidad, más que accidentes o manifestaciones variables de un sustrato o naturaleza permanente que se encuentra en las cosas.

Desde este punto de vista, Locke, al contrario de lo que manifiesta Hume, está dispuesto a creer que no sólo podemos conocer unas pocas y superficiales cualidades en los cuerpos. Si realmente existe ese principio del que dependen y fluyen tales cualidades, se puede pensar en la posibilidad de llegar a formar una idea general abstracta de la naturaleza corpórea y no quedar, por tanto, limitada a la pura facticidad y contingencia de las sensaciones. Con ello se cumpliría uno de los requisitos exigidos por el saber científico para el dominio de la filosofía natural o práctica, como Locke lo llama. Pero como, de una parte, Locke habla de sustancia, al menos en lo que hasta ahora hemos visto, como de un algo desconocido y, de otra, la intención que tiene de mantenerse al margen de los dominios metafísicos es clara desde el principio de su obra, el acudir a dicho principio para comprender el mundo fenoménico se le presenta como inviable. Quiere decir que, en lugar de recurrir a fuerzas y a causas explicativas que resultarían en cierta medida excluidas de la percepción sensorial, Locke opta por otra solución posible: someter los fenómenos al análisis y descripción que las matemáti-

---

<sup>15</sup> Es., II, 23, 1, pág. 295.

cas utilizan con sus objetos. La admiración que siente Locke por las matemáticas queda puesta de relieve en los textos que siguen: en el libro IV, capítulo 12, sección 2, comenta de ellas que «son ciencias que, entre todas, tienen la mayor certidumbre, la mayor claridad y evidencia», y en la sección 7 nos dice que «el arte de encontrar pruebas y los métodos admirables que han inventado para aislar y para ordenar aquellas ideas intermedias que demostrativamente enseñan la igualdad o desigualdad de cantidades que no se pueden comparar inmediatamente, es lo que las ha llevado tan lejos y producido tan sorprendentes e inesperados descubrimientos». La precisión y exactitud que rige en la matemática, así como el método deductivo que en ellas se utiliza, es algo que está presente como prototipo, en la mente de Locke. No obstante, podría plantearse, una vez llegados a este punto, una objeción; y es que, ciertamente, cuando se trata de magnitudes extensas o numéricas puede lograrse el rigor que exige un conocimiento para que sea científico. Pero en el caso del acaecer de la naturaleza no se cuenta con figuras o cantidades, sino con propiedades, cualidades o potencias. La posibilidad de una ciencia del mundo físico exigirá, pues, la reducción de sus componentes cualitativos a magnitudes medibles y cuantificables. Y ahí estriba la dificultad que plantean los fenómenos de la naturaleza para ser comprendidos totalmente. La teoría mecanicista que adoptó Descartes era la vía de solución a este problema y a ella se acoge Locke en gran parte.

La aspiración que tenía Descartes de lograr la unidad de todas las ciencias se apoyaba en la excelencia y en el privilegio de las matemáticas, cuyo método se le presentaba como el único capaz de revelar los secretos de la naturaleza. Así concibe la idea de aplicarlo a los demás ámbitos de la investigación. Teniendo esto en cuenta, *el mundo material ha de ser, para Descartes, un mundo esencialmente geométrico. De ahí que le atribuya como cualidad esencial la extensión, que será entonces la naturaleza propia de los cuerpos o su constitutivo esencial, aun cuando para ello haga falta eliminar algunas de sus otras cualidades o reducirlas a la de extensión. «De esta necesidad de concebir el mundo real como poseyendo únicamente características primarias o matemáticas, surge la distinción de las cualidades secundarias o irreales que se deben sólo al engaño de*

los sentidos»<sup>16</sup>. Las cualidades primarias, tales como extensión, figura y movimiento, van a ser los componentes reales de los objetos físicos. En cambio, las cualidades secundarias son los efectos que producen en nosotros los movimientos de aquellas partículas imperceptibles que constituyen los cuerpos<sup>17</sup>. Los fenómenos, como resultado de la combinación de estos dos factores, se presentan así perfectamente cuantificables. Es sabido que esta misma distinción entre cualidades primarias y secundarias se encuentra de forma explícita en el *Ensayo*. Si tal teoría comporta o no una contradicción con los presupuestos empíricos de Locke, no es asunto que, de momento, nos concierne. Lo que interesa, sobre todo, es notar que tal distinción parece estar asumida con los mismos propósitos que tenía Descartes, esto es, como una exigencia del matematicismo presente del mismo modo en Locke, por cuanto éste intenta mantener como modelo la validez del método matemático en la explicación de los fenómenos naturales.

Locke considera, en efecto, que todo cambio cualitativo es el resultado del movimiento, de la forma y del número de las partículas diminutas que componen los cuerpos. Al respecto se pueden consultar bastantes pasajes de su obra, aunque a título de ejemplo señalemos la sección 23 del capítulo 3 del libro IV, en donde se nos hace ver que la esencia real de su concepto de sustancia no debe ser concebida al modo escolástico de las formas sustanciales, esto es, definiéndolas como formas que se estiman numéricamente distintas y específicamente idénticas a las mismas especies, sin poder saber bien en qué consisten dichas formas<sup>18</sup>. Nosotros pensamos junto con Krauss que la esencia real de las sustancias es concebida por Locke al modo de una estructura atómica<sup>19</sup>. La idea compleja de sustancia estaría formada, en consecuencia, según Locke, por tres clases diferentes de ideas: «En primer lugar, por las ideas de las cualidades primarias de las cosas, las cuales son descubiertas por nuestros sentidos y que están en ellas aun cuando nosotros no las percibamos;

---

<sup>16</sup> Burtt, E. A., *Los fundamentos metafísicos de la ciencia moderna*. Trad. de R. Rojo, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1960, pág. 126.

<sup>17</sup> Cfr. *Principia philosophiae*, I, n.ºs 68 y ss. Adam et Tannery, J. Vrin, París, 1964, vol. VIII-I, págs. 33 y ss.

<sup>18</sup> Cfr., Es., II, 31, 6, pág. 378.

<sup>19</sup> Cfr., Kraus, J. L., *J. Locke empiricist, atomist, conceptualist and agnosticist*, Philosophical Library, Inc., New York, 1968, pág. 150.

tales son el volumen, figura, número, situación y movimiento de las partes de los cuerpos..., en segundo lugar, las cualidades secundarias, que dependen de las anteriores y que no son nada sino los poderes que esas sustancias tienen para producir algunas ideas en nuestros sentidos..., en tercer lugar, la capacidad que tiene cualquier sustancia para provocar o para sufrir alteraciones de las cualidades primarias, que sean tales que la sustancia así alterada produzca unas ideas diferentes a las que antes producía; y eso es lo que se llama *potencia activa y potencia pasiva*»<sup>20</sup>. Puede advertirse, en consecuencia, que si, para Hume, el conocimiento de las Cuestiones de Hecho se basa en la relación causa-efecto y ésta tiene como único fundamento la experiencia, en cambio la cuestión en Locke remite ya desde el principio al concepto de sustancia. Desde ella se podrían explicar todos los hechos que la experiencia nos muestra. Veremos, sin embargo, cómo Locke nos dice que realmente se puedan tener representaciones mentales o ideas de las sustancias, pero su teoría corpuscular insiste en que deben darse fuera de la mente tales estructuras, arquetipos o esencias reales. De esta posición es de la que depende exclusivamente la posibilidad que Locke entrevé de establecer una conexión necesaria entre las ideas simples que forman la idea compleja de sustancia. «Como estos corpúsculos insensibles son las partes activas de la materia y los grandes instrumentos de donde dependen, no sólo todas sus cualidades secundarias, sino también la mayoría de sus operaciones naturales... no pongo en duda que, si pudiéramos descubrir la forma, el tamaño y la contextura y el movimiento de las partículas constitutivas de dos cuerpos cualesquiera, sabríamos, sin necesidad de pruebas, varias de las operaciones que podrían producir el uno respecto del otro, del mismo modo que ahora sabemos las propiedades de un triángulo o de un cuadrado»<sup>21</sup>. Como fácilmente se puede apreciar en el texto, esta creencia le impide a Locke afirmar del modo tajante en que lo hace Hume que el único fundamento de la relación causa-afecto, en la que se basan todos los hechos, está en la experiencia. De este modo Hume negará la posibilidad de racionalizar las cuestiones que a ellos se refieran y, por tanto, se ve en la necesidad de indicar la discontinuidad entre experiencia y razón. Para Locke, de entrada, es perfectamente acep-

---

<sup>20</sup> Es., II, 23, 9, pág. 300.

<sup>21</sup> Es., IV, 3, 25, págs. 555-6.

table la otra opción que admite la posibilidad de establecer entre las ideas que tenemos del mundo externo relaciones tan necesarias y universales como las que se obtienen con los números y las cantidades en las matemáticas. Que Locke realmente pensaba en esta posibilidad nos lo muestra la enumeración de las diversas relaciones que puedan ser establecidas entre las diferentes ideas, cuando explica su concepto de conocimiento como la percepción de la conexión y acuerdo o incompatibilidad que haya entre ellas. En efecto, en el libro IV, capítulo I, sección 3, encontramos que los tipos del acuerdo o conexión entre ideas puede ser de cuatro clases diferentes: de identidad, de relación, de coexistencia o conexión necesaria y de existencia real. Ciertamente, lo que Locke parece entender por relaciones entre ideas puede ser cuestionado desde diversos puntos de vista. En principio parece, por ejemplo, que la existencia real no podría considerarse como relación entre ideas desde el momento en que se define como el acuerdo que muestra una idea con la existencia efectiva y real de aquello que se representa en tal idea. Pero ¿es la existencia real una idea? Y aún considerando sólo las otras tres clases de relaciones, parece que, en realidad, podrían corresponder a una sola: a la Relación general. Sin embargo, Locke piensa que no debe articularse de este modo, ya que la coexistencia o conexión necesaria y la identidad fundamentan por sí solas afirmaciones y negaciones tan peculiares que merece la pena considerarlas por separado como clases especiales. «Y si bien es cierto que la identidad y la coexistencia no son verdaderamente sino relaciones, sin embargo, como se trata de unas maneras tan peculiares de acuerdo o desacuerdo de nuestras ideas, bien merecen ser consideradas como capítulos aparte, y no bajo el capítulo de la relación en general, puesto que se trata de fundamentos de afirmación y negación muy diferentes, como fácilmente advertirá quien reflexione sobre lo que se dice en varios lugares de este *Ensayo*»<sup>22</sup>. Si el acuerdo de la Relación en general se define vagamente como la percepción de la relación entre dos ideas de cualquier clase que sean, la coexistencia es la percepción del determinado número de ideas que se dan unidas o separadas en un mismo sujeto. «La tercera clase de acuerdo o desacuerdo que se encuentra en nuestras ideas, y en la cual

---

<sup>22</sup> Es., IV, 1, 7, pág. 527.

se ocupa la percepción de la mente, es la coexistencia o no coexistencia en el mismo sujeto y esto pertenece particularmente a las sustancias»<sup>23</sup>. Así queda puesta de manifiesto la peculiaridad de este tipo de relación que cabe establecer entre las ideas y, su carácter excepcional impide que sea incluida en el tipo de la Relación en general. Esto es precisamente lo que muestra cómo Locke ve una vía de acceso racional a las leyes y principios que rigen el mundo de los cuerpos, pues al definir el tercer tipo de acuerdo o desacuerdo como la coexistencia o no coexistencia en un mismo sujeto de esas cualidades o ideas simples que percibimos por la sensación, Locke parece estar afirmando que la mente puede y realmente debe intentar percibir o intuir cualquier conexión o incompatibilidad necesaria que haya entre las ideas simples contenidas en la idea compleja de sustancia. Queda con ello demostrado cómo Locke intentó y, en principio, consideró la posibilidad de que los objetos pertenecientes al dominio de la filosofía natural pudieran ser susceptibles de un tratamiento semejante al de aquellos que se regulan por el modelo matemático. La mente, sin necesidad de salir de su propio ámbito, podría adquirir un saber científico sobre las cosas que nos rodean.

Por lo tanto, si Locke no establece, desde el comienzo de su sistema, la discontinuidad entre el mundo fenoménico y el racional, es debido al apoyo que supone el creer que la realidad se fundamenta, en último término, en unos constitutivos uniformes. La idea de una naturaleza propia en las cosas, de que los cuerpos tienen una constitución interna de la que fluyen y dependen las cualidades sensibles que percibimos por los sentidos, presenta, bajo esta perspectiva, su aspecto positivo. El papel fundamental que juega el concepto de sustancia en el *Ensayo*, se hace perceptible cuando vemos cómo Hume después de eliminar este concepto, ha de negar igualmente la validez del conocimiento racional en todo lo que haga referencia a la explicación de las *Matters of Fact*. Aún cuando de hecho, Locke se encuentre ante la imposibilidad de lograr un conocimiento efectivo de estos últimos elementos constitutivos de los cuerpos, es necesario admitir que da por supuesta una racionalidad, que en Hume va a desaparecer tras su fenomenismo.

---

<sup>23</sup> Es., IV, 1, 6, págs. 526-7.

Resulta, sin embargo, que, Locke, a la hora de ver si podemos realmente percibir esas conexiones necesarias, se encuentra con que la idea de sustancia es inadecuada, esto es, que no refleja plenamente la estructura real de la sustancia material. Y careciendo de ideas perfectas y adecuadas de los cuerpos que están más próximos a nosotros, nuestra mente se encuentra limitada ante la posibilidad de descubrir las relaciones de las ideas de los cuerpos y las potencias o los principios que se ocultan bajo sus cualidades sensibles. Locke, en consecuencia, se ve obligado a establecer una diferencia en el método con que se deben abordar las cuestiones relativas al mundo natural y las referentes al campo de la matemática, de modo semejante a lo que más tarde hará Hume. Tal conclusión viene expuesta en el texto siguiente: «Quizá tengamos ideas distintas de las diversas clases de cuerpos que caen bajo el examen de nuestros sentidos; pero sospecho que de ninguno de ellos tenemos ideas adecuadas. Y aun cuando las primeras de ellas basten para nuestras necesidades habituales y sirvan para los efectos de la conversación común, lo cierto es que mientras nos falten las segundas no estaremos capacitados para tener un conocimiento científico, ni podremos jamás descubrir verdades generales, informativas e indubitables acerca de esos cuerpos. A este respecto, no debemos aspirar a la certidumbre y a la demostración»<sup>24</sup>. No obstante, el motivo que Locke aduce para justificar la carencia de ideas adecuadas respecto a los cuerpos que nos rodean es bastante curioso ya que, según apunta en varios pasajes, es debido a la ausencia de unos sentidos lo bastante agudos como para penetrar en esa constitución interna de los cuerpos, o bien a la lejanía de estos, que impide su observación por los sentidos del hombre. «Carecemos de sentidos suficientemente penetrantes como para descubrir las partículas diminutas que constituyen los cuerpos y obtener así una idea de sus afecciones mecánicas»<sup>25</sup>. La falta de ideas adecuadas sobre la sustancia material se debe a que, por lo general, la idea compleja que formamos de ella no reúne las ideas simples de todas las cualidades o propiedades de esa sustancia. Los hombres, explica Locke, se contentan con unas pocas cualidades. «En general los hombres se conforman con unas pocas cuali-

---

<sup>24</sup> Es., IV, 3, 26, pág. 557.

<sup>25</sup> Es., IV, 3, 25, pág. 556.

dades sensibles obvias, y frecuentemente, ya que no siempre, dejan fuera otras decisivas y tan firmemente unidas como aquellas que toman»<sup>26</sup>. Por otra parte, aunque se tuviera una colección completa y exhaustiva de todas las cualidades, tampoco se tendría una idea adecuada de la sustancia material porque no se conocen todas sus operaciones<sup>27</sup>. Es pues, la carencia de estas ideas adecuadas lo que nos mantiene en la ignorancia de ciertas cosas que concebimos como capaces de ser conocidas por nosotros... «Del volumen, de la forma y del movimiento tenemos ideas; pero, si bien es cierto que no carecemos de ideas de esas cualidades primarias de los cuerpos en general, como no sabemos cuál es el volumen, la forma y el movimiento en las partículas de la mayoría de los cuerpos en el universo, resulta que somos ignorantes de las diversas potencias, eficacias y modos de operación, mediante los cuales se producen los efectos que a diario experimentamos»<sup>28</sup>.

Podemos concluir, siguiendo la doctrina del *Ensayo*, que si tuviéramos unos sentidos suficientemente agudos como para percibir las cualidades de esos pequeños corpúsculos que constituyen los cuerpos, seríamos capaces de establecer relaciones necesarias entre las ideas que de ellos tenemos, y seríamos capaces, por tanto, de cumplir con la exigencia de las ciencias formales, a saber, permanecer dentro del ámbito de la mente. Si ello fuera posible, Locke seguiría siendo coherente con sus postulados empiristas, es decir, con el principio de que todo nuestro conocimiento se obtiene a partir de la percepción sensorial. Entre ambos puntos de vista, es decir, en mantener, por una parte, el ideal de conocimiento racionalista con su pretensión de establecer conexiones necesarias y, de otra, la atención al método observacional y empírico, no puede haber incompatibilidad sino en la medida en que, el desarrollo de la ciencia en la época en que se escribió el *Ensayo*, no había logrado los instrumentos necesarios para hacer posible la observación de esas partículas que constituyen los cuerpos. Actualmente, escribe Locke, «no es difícil convencernos de que las ideas que podemos tener, según el alcance de nuestras facultades, guardan muy poca proporción respecto a las cosas mismas, ya que se nos oculta una idea clara y distinta acerca

<sup>26</sup> Es., III, 6, 29, pág. 456.

<sup>27</sup> Es., II, 31, 13, pág. 383.

<sup>28</sup> Cfr., Es., IV, 3, 24, pág. 555.



de la sustancia misma (esto es, acerca de esa recóndita constitución o naturaleza interna de los cuerpos) que es el fundamento de todo lo demás»<sup>29</sup>. Como resultado de esta inadecuación de la idea de sustancia, se ve la necesidad de proceder en el campo de la naturaleza según un método totalmente distinto. «La carencia de ideas de las esencias reales nos envía desde nuestros propios pensamientos a las cosas mismas tal como existen. Aquí la experiencia debe enseñar lo que la razón no puede»<sup>30</sup>. Así pues, la conclusión a la que llega Locke y de la que, según vimos, parte Hume, está dada. Hume establecía una separación entre los objetos de las ciencias formales y los relativos a las Cuestiones de Hecho. Ahora vemos cómo esa misma distinción se impone a Locke. Hay un campo de la investigación en el que cabe obtener un conocimiento pleno y efectivo, ya que, primero, tenemos ideas y, segundo, sus conexiones pueden ser descubiertas. Este sería el campo de la matemática. Porque, en efecto, explica Locke, «en algunas de nuestras ideas hay ciertas relaciones, correlaciones y conexiones tan visiblemente incluidas en la naturaleza de las ideas mismas, que no podemos concebirlas como separadas de ellas, por cualquier potencia que sea; y solamente respecto a estas ideas somos capaces de alcanzar un conocimiento universal. Así, por ejemplo, la idea de un triángulo rectilíneo lleva consigo necesariamente la igualdad de sus ángulos a dos rectos»<sup>31</sup>. Ahora bien, ante la posibilidad de obtener el mismo tipo de evidencia en el campo de las leyes que rigen las operaciones de la mayoría de los cuerpos que están en el universo hemos de atenernos a la experiencia. «Mientras estemos desprovistos de unos sentidos lo bastante penetrantes como para descubrir las partículas de los cuerpos, y para proporcionarnos ideas acerca de sus propensiones mecánicas, es preciso conformarnos con estar en ignorancia de sus propiedades y de su forma de operar; y no podemos tener más seguridad acerca de este asunto que la que puedan mostrarnos unos cuantos experimentos. Pero saber si tales experimentos tendrán el mismo éxito en otra ocasión, eso es algo de lo que no podemos tener seguridad alguna. Esto impide que nuestro conocimiento acerca de las verdades universales relativas a los cuerpos naturales sea un conocimiento se-

---

<sup>29</sup> Es., IV, 3, 23, pág. 554.

<sup>30</sup> Kraus, *O. c.*, pág. 161.

<sup>31</sup> Es., IV, 3, 29, pág. 560.

guro, y nuestra razón a este respecto nos lleva muy poco más allá de los asuntos de hechos particulares»<sup>32</sup>. La falta de ideas adecuadas hace que nuestro conocimiento, tal como exponía Hume, se limite a unas pocas cualidades sensibles e impida la penetración en los principios y en las potencias de los cuales dependen «A diario nuestros sentidos perciben diversos efectos, de los cuales sólo alcanzamos así un conocimiento sensitivo; pero en cuanto a las causas, la manera y la certidumbre de su producción, por las dos razones antes dichas, debemos conformarnos con ignorarlas. A este respecto, no podemos ir más allá de lo que nos descubre la experiencia como un asunto de hecho, de donde podemos después conjeturar, por analogía, qué efectos producirán probablemente semejantes cuerpos cuando se sometan a otras experiencias»<sup>33</sup>.

A modo de conclusión habría que decir cómo la dificultad de explicar el conocimiento de la naturaleza en Locke se convierte para Hume en una imposibilidad absoluta. En este sentido, Locke sería empirista más por resignación que por convicción, ya que, de hecho, cree que el mundo está efectivamente regulado por leyes necesarias, es decir, cree, de modo semejante a los racionalistas, en un orden constante e incluso necesario de los fenómenos<sup>34</sup>.

JOSEFINA ZÚÑIGA LÓPEZ

---

<sup>32</sup> Es., IV, 3, 25, pág. 556.

<sup>33</sup> Es., IV, 3, 29, pág. 560.

<sup>34</sup> Al contrario de Hume que «admitiendo con frecuencia que hablamos de las leyes naturales como pensando en principios de conexión necesaria, opina que la necesidad, si la hubiera, sería sólo una proyección de nuestro sentido de expectación, de espera, que se debe a una conjunción constante en ciertos casos de la experiencia». Kneale, W., *Probability and Induction*, At the Clarendon Press, Oxford, 1966, pág. 74.